

En fuga

Corriendo a toda mecha por una ciudad desconocida, Álex Sennefer echó un vistazo fugaz a su espalda. ¿Todavía los estaban persiguiendo los guardas del museo? ¿Se había unido la policía a la persecución? Al principio, únicamente alcanzó a ver una calle ancha de amplias aceras, iluminada por farolas a intervalos regulares y salpicada de transeúntes nocturnos. Y entonces oyó un grito, alto y claro:

—*Halt!*

Apareció un guarda doblando la esquina entre revoloteos de corbata y fuertes pisotones contra la acera.

¿Irán armados?, se preguntó Álex. *¿Habrá más guardas persiguiéndonos?* Se volvió a mirar a su mejor amiga, Renata Duran, que corría a su lado.

—¡Tenemos que abandonar esta... —jadeó Álex con la lengua fuera— calle... —resopló— y escondernos!

—¡Sí! —respondió Ren. Tenía doce años, igual que Álex, pero era menuda para su edad y sus cortas piernas debían esforzarse a tope para mantener el paso de su amigo—. ¿Por dónde?

A mano izquierda había un parque amplio y oscuro, una desierta extensión de hierba podada y frondosos arbustos rodeada de una alta verja. Alex observó la valla buscando alguna entrada, pero luego cambió de idea. Una verja los protegería... pero también podía cortarles la huida.

Cruzando la calle, a mano derecha, se abría un largo tramo de acera desierta y tiendas cerradas.

—¡A la derecha! —gritó Álex.

—Bien —asintió Ren—, pero todavía no...

Álex volvió la vista atrás. Ahora un segundo guarda corría pegado a los talones del primero.

—¿Estás segura? —preguntó el chico.

—¡Espera! —insistió Ren.

—¿Por qué? —se extrañó Álex. En aquel momento, oyó un rumor lejano.

—¡Sigue corriendo!

Álex giró la cabeza y vio la luz de un faro, potente y aislado, en el centro de la calzada. Los raíles de acero que recorrían la calle reflejaron la luz, que ganaba intensidad por momentos. Era un tranvía que avanzaba de frente.

—¡Ya lo pillo! —gritó Álex. Los dos amigos abandonaron la acera y siguieron corriendo por la calzada, directamente hacia el vagón que se aproximaba. Sonó el claxon del tranvía: una señal estridente y crispante.

Los guardas, cada vez más cerca, les gritaban en alemán:

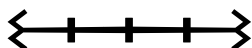
—*Halt! Vorsicht!*

No obstante, Álex apenas los oía mientras corría como una bala pegado a Ren, siguiendo el curso de los mortíferos raíles de acero. El claxon volvió a sonar y varias voces gritaron advertencias conforme el enorme vagón rugía cada vez más cerca. Si Álex tropezaba, las pesadas ruedas de acero lo cortarían por la mitad.

Sin embargo, con un par de zancadas rápidas y cuidadosas, Ren y él dejaron los raíles atrás.

El tranvía pasó zumbando junto a ellos. A través de las ventanas, unos cuantos pasajeros observaron boquiabiertos a la temeraria pareja.

Para cuando el tranvía empezó a alejarse, los dos amigos habían desaparecido. En la calle volvía a reinar el silencio, y los guardas, doblados sobre sí mismos y con las manos apoyadas en las rodillas, jadeaban pesadamente al mismo tiempo que escudriñaban las diversas calles adyacentes. Los intrusos habían huido por alguna de esas callejuelas. Pero no sabían por cuál.



—Me parece que los hemos despistado —resolló Ren mientras seguían corriendo, ahora por una calleja llamada Robert Stolz Platz. La vía desembocaba en un pequeño parque carente de rejas, y los amigos bordearon el oscuro lindero.

—Genial —resopló Álex. Echó un breve vistazo a su espalda antes de aminorar la marcha—. Ya podemos declararlo oficialmente: nos hemos perdido.

Doblaron a la izquierda por otra calle que exhibía el imposible nombre de Nibelungengasse y dejaron de correr para seguir andando a un paso rápido.

—Sí —dijo Ren. Sin parar de resollar, observó el pasaje en ambos sentidos—. En serio. ¿Dónde estamos?

Álex sabía que su amiga no preguntaba por la calle en concreto, ni siquiera por el barrio. Se refería a la ciudad. Al país. Habían llegado hasta allí a través de una puerta falsa, un antiguo portal ceremonial egipcio que, inexplicablemente, los había transportado del Valle de los Reyes en Egipto a una segunda en-

trada ubicada en la sección egipcia del museo arqueológico de alguna ciudad... pero no sabían cuál.

Álex y Ren llevaban varias semanas persiguiendo dos objetivos: a la madre de Álex y los poderosos Conjuros Perdidos del Libro de los Muertos egipcio. La madre del chico había empleado dichos conjuros para devolverle la vida a su hijo, que en aquel entonces yacía conectado a una máquina en la cama de un hospital de Nueva York. Pero al hacerlo, había abierto un umbral al más allá, y las siniestras entidades antiquísimas conocidas como los Caminantes de la Muerte habían logrado escapar. Tras eso, tanto los Conjuros como la madre de Álex se esfumaron, y Alex y Ren habían viajado por medio mundo tratando de encontrarlos.

Sin embargo, no eran los únicos que los buscaban. Los letales acólitos de la Orden andaban tras ellos también y seguían de cerca a los dos amigos allá donde iban. Álex y Ren sabían que el malvado culto cooperaba con los Caminantes en una funesta conspiración a gran escala. El último Caminante había hablado de *gobernar* junto con la Orden. Fuera lo que fuese lo que tramaban, se trataba de algo gordo, y si el culto encontraba los Conjuros antes que ellos, los Caminantes de la Muerte serían imparables y el mundo entero sufriría las consecuencias.

En las sombras de la noche, Álex se estremeció, pero cuando miró a un lado y a otro descubrió una escena mucho menos sombría. La luz de las farolas combinada con los rayos de luna proyectaba un fulgor tenue sobre los edificios circundantes, revelando así una arquitectura anticuada y hermosa.

—Qué bonito —comentó Ren.

—La ciudad entera parece una tarta decorada —asintió Álex. Señaló un edificio cercano con un gesto de la cabeza. Estaba pintado de un verde pastel que, en efecto, recordaba a un glaseado. Se acordó de una exposición que viera una vez en el Museo

Metropolitano de Arte de Nueva York, la institución en la que trabajaba su madre antes de su desaparición.

—¿Es, o sea, art déco? —preguntó.

Ren sacudió la cabeza con expresión de reproche.

—No seas ignorante —respondió—. Es art nouveau.

—Vaya, pues claro —replicó él con sarcasmo, pero no puso en duda la palabra de su amiga. Álex era consciente de que Ren entendía mucho más de arte que él. Su padre era un reputado ingeniero que trabajaba en el Metropolitano, uno de los colegas de mayor confianza de la madre de Álex, y ella había heredado el amor de su progenitor por los ángulos elegantes y los edificios sólidos.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó asustada la chica. La pregunta cortó en seco los pensamientos de Álex.

—¿Qué ha sido qué?

—Me ha parecido ver algo deslizándose entre esos edificios —señaló Ren—. No sé, una especie de sombra.

Álex siguió la trayectoria del dedo con la mirada pero no vio nada.

—Estamos en plena noche. Hay sombras por todas partes.

Nuevas voces resonaron por la pequeña calle. Un perrito blanco dobló la esquina y dos personas aparecieron tras él.

—¿Por qué no les preguntamos dónde estamos? —propuso Álex.

—¿Crees que podemos fiarnos de ellos? —dudó Ren.

Álex comprendía su desconfianza. Esa noche ya habían sufrido una traición. Todavía veía a su primo plantado bajo la luna del desierto y gritando: «¡Aquí!», para señalar su posición al violento culto a la muerte. Y aún no se podía creer que su propio primo trabajase para la Orden... Sin embargo, una segunda ojeada a la pareja de mediana edad que se aproximaba lo tranquilizó.

—Están paseando un shih tzu —observó—. No es un perro de presa, que digamos.

Llamó por señas a la pareja: un hombre y una mujer vestidos con ropa informal pero calzados con elegancia.

De momento, los carteles (y los gritos) parecían indicar que se encontraban en Alemania, pero no tenían más pistas acerca de su paradero. Por suerte, la familia materna de Álex procedía de ese país.

—*Hallo!* —gritó él. Esa parte se la sabía—. *Wo, hum, sind wir?*

¿Dónde estamos? ¿Lo había dicho bien? De eso no estaba tan seguro, y deseó hablar el alemán fluido y suave que su madre empleaba cuando llamaba por teléfono a la abuela.

Sonriendo, el hombre que sujetaba la correa respondió con una rápida parrafada en alemán que dejó a Álex a cuadros.

—*Ich spreche nur ein bisschen Deutsch* —replicó Álex, y se encogió de hombros como pidiendo perdón. «Únicamente conozco unas pocas palabras de alemán».

Exhibiendo una sonrisa paciente, la mujer respondió esta vez en un inglés preciso.

—Eres americano, ¿sí? Estáis en Nibelungengasse.

Ahora intervino Ren.

—No nos referimos a la calle —aclaró—. Queremos saber en qué ciudad estamos.

Los dueños del perro intercambiaron sonrisas rápidas y desconcertadas. Incluso el perro, que los miraba con la lengua fuera, pareció compadecerse de ellos.

—Estáis en Viena, por supuesto —dijo el hombre—. Viena. ¿Os podemos ayudar en algo? ¿Os habéis... perdido?

—No, no —respondió Álex—. Pero gracias.

La pareja del perrito prosiguió su camino, pero algo muy extraño sucedió cuando Álex se dio la vuelta para dedicarles un tí-

mido gesto de despedida. Creyó ver una sombra, igual que Ren, como una cinta de noche que cruzara a toda prisa el halo de luz de una farola.

—¡Hala, Viena! —se maravilló Ren, mirando a su alrededor como si lo viera todo por primera vez.

—Esta ciudad debe de estar a miles de kilómetros del Valle de los Reyes —observó Álex—. Y hemos recorrido toda esa distancia en algo así como un minuto.

Recordó la desesperada carrera de ambos por un paraje turbio y extraño... ¿De verdad habían viajado por el más allá?

En la mente de Álex se atropellaban preguntas trascendentes, desconcertantes realidades, pero ahora mismo tenía preocupaciones más inminentes. Mientras sus ojos escudriñaban los oscuros confines de la calle, notó cómo el antiguo escarabeo que llevaba colgado del cuello se calentaba contra su piel. Era una advertencia: la muerte acechaba por allí cerca.

—Deberíamos buscar refugio para pasar la noche y tal —sugirió.

De golpe y porrazo, quería estar en alguna parte que no fueran las tétricas calles de una ciudad desconocida. Rebuscó en el bolsillo de los vaqueros, pero tan solo encontró un puñado de billetes egipcios. Papel mojado. ¿De qué servía el dinero egipcio en la capital de Austria?

—A lo mejor nos lo cambian mañana en alguna parte, cuando abran las tiendas —propuso Ren.

—A lo mejor —repitió Álex distraído. Tenía los ojos clavados en un rincón que, por alguna razón, parecía más oscuro que el resto.

Lo que a él le preocupaba era la noche que tenían por delante.

Una sombra de duda

Un ratito después, se habían refugiado en un parque vallado. Las luces de la ciudad se iban apagando una a una a su alrededor conforme avanzaba la noche.

—Ojalá hubiéramos traído las tiendas de campaña —suspiró Álex a la par que buscaba una postura que le permitiera esquivar las raíces de los árboles. El parque era bonito y frondoso, y estaba limpio (al igual que toda Viena, por lo que parecía) pero seguía siendo un paraje oscuro y desprotegido. Y Álex tenía también otras preocupaciones. Con cada ráfaga de viento que azotaba los árboles, las sombras parecían desplazarse por todas partes.

—Bueno, las tiendas se han quedado en Egipto —lo cortó Ren—. Esto es todo lo que tenemos. —Plantó la pequeña mochila en la hierba y hundió la mano dentro. Cuando encontró la linterna, la encendió y la apagó rápidamente—. ¡Todavía funciona!

Álex descorrió la cremallera de su propia mochila y hurgó por el interior buscando la otra linterna. Notó la camiseta chamuscada que se había cambiado hacía un rato, la lisa cubierta de su pasaporte y luego un montoncito de arena que se había deslizado al fondo del saco.

—¿No te parece increíble que hace nada estuviéramos en el desierto? —preguntó a la vez que asía por fin el mango de la linterna.

—Apenas puedo creer nada de lo que ha pasado —replicó Ren—. Básicamente hemos traspasado una puerta pintada en una piedra en Egipto y hemos salido por otra en Austria. Y me doy cuenta de que la única explicación posible me obliga a aceptar que hemos viajado por la otra vida. Pero es que no me lo puedo creer. Me pone los pelos de punta.

Álex la estaba escuchando, pero también observaba la noche. Y entonces tuvo la misma sensación que hacía un rato. Fue igual que si la oscuridad se fundiera en una pincelada de negrura aún más profunda. Dirigió la linterna hacia esa zona y la encendió. Pero el haz de luz se proyectó directamente sobre el tronco de uno de los dos árboles que les servían de refugio.

—¿Qué haces? —le preguntó Ren.

—Nada. Supongo que yo también estoy asustado.

Ren miraba a Álex con atención. Su rostro era un óvalo gris recortado contra la noche.

—¿Crees que todo va bien? —le preguntó ella—. O sea, si hemos viajado por el otro mundo... ¿significa eso que hemos estado... bueno... muertos?

Álex negó con la cabeza.

—No lo creo. Me parece que solo hemos estado, o sea, de paso. Debe de ser algo que los amuletos nos permiten hacer.

Echó un vistazo al ibis egipcio de su amiga, la pálida figura de un pájaro blanco que reflejaba la luz de la luna con suavidad. Notó el peso de su propio escarabeo en el cuello.

—Bueno, si tú lo dices será verdad —opinó Ren, antes de añadir a toda prisa—: O sea, porque hace más tiempo que yo que tienes el amuleto, no porque...

Álex asintió. Ya sabía a qué se refería su amiga. No porque él ya hubiera estado muerto.

No porque su madre hubiera liberado a la muerte sin querer, para que él pudiera seguir viviendo.

Mamá.

El pensamiento lo aplastó como una avalancha: frío y enorme. Habían dado con el rastro de la madre de Álex en el Valle de los Reyes. Habían estado a punto de alcanzarla... y ahora, pocas horas después, todo un continente los separaba de ella. Era injusto, y frustrante. No sabía de qué huía su madre. Siempre había cuidado de él, siempre había sabido qué hacer. ¿A qué venía eso de abandonarlo ahora? Álex no lo entendía. Pero tenía que encontrarla. Y no solo para disipar estas dudas que lo atormentaban, sino también porque los Conjuros que su madre llevaba consigo ofrecían el único medio existente para detener la maldad que se extendía por todo el planeta.

Una imagen cruzó fugaz por su pensamiento: la caligrafía de su madre en el libro de registros gubernamental del Valle de los Reyes. Había firmado con un nombre falso, uno que Álex conocía bien: Ángela Felini, una de las niñeras que lo habían cuidado en la niñez. Sin embargo, nadie cuidaba de él ahora mismo, ni su madre ni Ángela, que se había mudado a Alexandria, Virginia, muchos años atrás. Y Álex se sentía ahora el único responsable: de sí mismo y de todos los problemas que había causado.

Ren cortó el hilo de sus pensamientos.

—Deberíamos llamar a Todtman.

El doctor Ernst Todtman era el cabecilla de aquel grupo inverosímil, y la última vez que lo vieron todos estaban en El Cairo. No habían vuelto a tener noticias del misterioso sabio alemán desde que se separaran para poder cubrir más territorio.

—Sí, tienes razón —concedió Álex. Buscó en su bolsillo el teléfono desechable; lo que Ren llamaba su «móvil espía». Lo conectó y echó un vistazo a la pantalla. Había desviado las llamadas de su propio teléfono a este —por si su madre intentaba contactar con él— pero no vio ninguna «perdida». Y ahora apenas si le quedaba batería.

—¿Crees que nuestros teléfonos funcionarán también aquí?

—Puede ser. Funcionaban en Londres y en Egipto. Todtman debió de pedir, no sé, un plan internacional cuando los compró.

Álex marcó, pero su llamada fue a parar directamente al buzón de voz, igual que las otras veces. Dejó un mensaje rápido.

—Soy yo. Estamos en Viena, la capital de Austria. Ya se lo explicaré cuando nos llame. Han pasado muchas cosas. No se fíe de Luke. ¡Llámemme, por favor!

Ren arruinó en parte el clima urgente del mensaje cuando bostezó con ganas.

—Perdona —dijo—. Estoy muy cansada.

—Yo también —reconoció Álex—. Deberíamos dormir un poco y volver a llamar a Todtman por la mañana.

—¿Y si nos encuentran?

Ellos. Ren no se refería a los guardas del museo y Álex lo sabía. Hablaba de la Orden.

—Los dejamos atrás cuando pusimos pies en polvorosa —arguyó, con la esperanza de que fuera verdad—. O en arenosa, más bien. Es imposible que sepan dónde estamos ahora.

—De acuerdo —admitió Ren medio dormida. Apoyó la cabeza en la mochila y se tendió en el mullido césped—. ¿No sería mejor que uno de los dos se quedara despierto haciendo guardia?

—Ya me encargo yo del primer turno —se ofreció Álex. Estaba agotado, pero tenía la sensación de que se lo debía a Ren. De no ser por él, su amiga ni siquiera estaría allí.

Ren se durmió al instante y Álex se quedó a solas con sus pensamientos. Apoyó la cabeza en la mochila y observó la oscura noche estival. Soplaban un aire cálido, y quedos compases de música clásica flotaban por el parque desde alguna ventana lejana. Escudriñó las sombras, estudió la oscuridad. Se dijo que no había nada allí cerca; pero no se lo acababa de creer. Necesitaba saberlo con total seguridad.

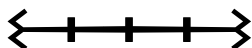
Hundiendo la mano debajo de la camiseta, sacó el milenario escarabeo. Era un objeto basto y sencillo, como todas las reliquias egipcias, apenas una piedra pulida y engarzada en cobre. Pese a todo, el escarabajo se consideraba un potente símbolo de resurrección en el Antiguo Egipto y el talismán albergaba un poder tremendo. Era capaz de activar el Libro de los Muertos y ahuyentar a los Caminantes de la Muerte; podía mover objetos e invocar poderosos vientos; y, últimamente, detectaba a los no muertos.

Álex lo estrechó en el puño. Como su pulso se aceleraba por efecto de la antigua energía, procuró dejar la mente en blanco. Abrir los sentidos y extenderlos hacia fuera... Por un momento creyó notar algo: una presencia tan sutil como la última pompa de jabón de la pila. Y entonces la sensación desapareció. La señal había sido tan débil que se preguntó si de verdad la había percibido.

Soltó el amuleto y se regañó. Ya tenía demasiados problemas reales como para andar inventando otros más. Si un Caminante de la Muerte anduviera por allí, las alarmas del amuleto se habrían disparado más que la pantalla de un radar en presencia de un buque de guerra. ¿Por qué comerse el coco con una señal tan débil y escurridiza que a lo mejor ni siquiera existía?

Había sido un día muy largo, buena parte del cual lo habían pasado corriendo. La mugrienta mochila de Álex no era la mejor almohada del mundo, pero podía usarla para tenderse y relajarse

un poco sin dormirse, se dijo. No obstante, al cabo de un momento se le cerraron los ojos y se sumió en un sueño profundo.



La sombra los había seguido desde la otra vida. Le atraía aquel muchacho que también arrastraba la sombra de la muerte tras de sí. ¿Cómo era posible que estuviera marcado por la muerte y sin embargo irradiara vida por los cuatro costados? La sombra no lo sabía, pero consideró la idea de quedarse con toda esa energía para sí. De beber la vida del muchacho hasta saciarse. Quizás entonces recordase quién fuera él una vez, hacía muchísimo tiempo.

Se inclinó sobre Álex, que seguía dormido, y le tapó la nariz.

De inmediato, Álex empezó a revolverse en sueños. Al principio fueron movimientos suaves, como si cambiara de postura para estar más cómodo. Pero cuando no podía respirar, el chico se retorció con ademanes más desesperados.

La sombra se concentró. De momento no pudo hacer nada más que tapar las fosas nasales del muchacho que forcejeaba. Su presencia en este mundo todavía era muy débil y su capacidad de influir en él no daba para más.

Álex abrió la boca para tomar aire. Era el gesto que la sombra estaba esperando. El extraño ser inspiró profundamente para apoderarse del cálido aire que emanaba de los pulmones del muchacho. Cuando lo hizo, cobró fuerzas. Su mano se definió. Lo que antes fuera poco más que una garra fría y negra adquirió el contorno de unos dedos, una muñeca.

La sombra presionó la nariz de Álex con esa mano recién materializada. El muchacho dormido se sacudió bajo esa presión creciente y, por fin, abrió los ojos.

No entendía nada de lo que estaba viendo, apenas una oscuridad impenetrable que se cernía sobre él. Y en ese momento atisbó los lechosos ojos grises.

La entidad que se abatía sobre Álex era un *sheut*, el oscuro ente que, según creían los antiguos egipcios, albergaba el espíritu y la esencia de una persona, su ka y su ba. Álex había visto esa especie de negrura concentrada dibujada a los pies de los vivos en las antiguas obras de arte del Metropolitano. Pero el cuerpo de aquel *sheut* llevaba muerto largos años y tanto el ka como el ba lo habían abandonado. Algo había salido mal y las distintas partes de aquel hombre no se habían reunido en el más allá. Ahora solo quedaba aquel engendro hecho de oscuridad: una sombra de su antiguo ser.

Álex observó horrorizado cómo el chorro de niebla blanca que surgía de su boca entreabierta desaparecía en el interior del *sheut*. Se debatió y forcejeó, pero la mano presionó con más fuerza. *¿Cómo es posible que una sombra me esté sujetando?*, se preguntó con desesperación. Pero así era. Más fuerte con cada aliento que le sustraía, la oscura presencia mantenía su cabeza pegada al suelo. *Me está robando la energía*, comprendió Álex repentinamente. *¡Me está arrebatando la fuerza vital para quedarse con ella!*

Álex intentó apartar a la sombra pero su mano la traspasó. El ser podía influir sobre Álex, pero él no lo podía tocar.

¡El amuleto!

Los pulmones de Álex suplicaban oxígeno al mismo tiempo que lo perdían. Se le nubló la vista. Estaba a punto de desmayarse. Buscó su amuleto con movimientos desesperados pero solo encontró la cadenita de plata. El pesado escarabeo se le había deslizado a la espalda mientras dormía y ahora yacía encajado entre su nuca y el suelo.

Cuando los ojos grises se tiñeron de un blanco turbio, el *sheut* los acercó al rostro del chico. *¿Cómo es posible que estés vivo?*, le preguntó, aunque las palabras no cruzaron el aire sino que se formaron en la mente de Álex. A él no le quedaba aliento para responder. Y seguramente daba igual: no viviría mucho más tiempo.